

# Biblioteca Films

LLEGAN LOS INDIOS

Núm.

484

25

CTS.



TIM MAC COY - ALLENE RAY

# BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACÍA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:  
VALENCIA, 234 APARTADO 707-BARCELONA

DEPOSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:  
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA  
CALLE DE BARCELONA, NÚMEROS 14 Y 16

APARECER LOS MARTES

AÑO VIII

NUM 464

THE INDIANS ARE COMING, (1930)

## ¡LLEGAN LOS INDIOS!

Interesantísima novela del Oeste basada en la película del mismo título, interpretada por

**Tim Mac Coy y Allene Ray**

Adaptación por C. G. SERRA

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. R.

Director Gerente:

**NORMAN J. CINNAMOND**

Valencia, 233

Barcelona

### REPARTO

Jack Manning

Mary Woods

Bill Williams

TIM MAC COY

ALLEN RAY

Edmund Cobb

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



## I

Entre los indios rebeldes de las grandes selvas del Oeste, cundió el grito de guerra. — ¡Los rostros pálidos llegan en bandadas! ¡Maldición y exterminio!

Se encendieron una vez más las hogueras del odio. Los blancos habían ido ganando terreno: era una tromba de exterminio, con armas mortíferas, contra las que nada podían las flechas envenenadas ni los estratagemas guerreros de los salvajes; pero era, también, el grito de independencia, la ira del que ve amenazada la tierra donde ha nacido y que por derecho propio le corresponde, lo que hacía que los indios defendiesen caras sus vidas.

Cundía por todo el país la llamarada de odio que prendía como pólvora seca, y cuantos, dos aventureros blancos, jóvenes, valientes, llenos de optimismo y desprecio a la vida, se dispusieron a continuar el camino no



Los blancos habían ido ganando terreno...

muy lejos del campamento general de los pieles-rojas.

—Yo marcho hacia el Este. Ya sabes que prometí a Woods decir a su hermano que ya ha encontrado oro. Voy a que me dé el medallón y en seguida partiré—dijo uno de ellos, el que parecía tener más autoridad.

—Iremos los dos—replicó el otro—. No es conveniente que un hombre vaya solo por esos caminos endiablados.

—Perfectamente, Bill—dijo el que había

hablado primero—. No quería pedirte, pero ya que tú te ofreces a acompañarme, te confieso que te lo agradezco.

Y ambos emprendieron el camino hacia la vieja cabaña de Woods, que se hallaba a cosa de tres leguas.

Mas he aquí que en la cabaña de Woods habían ocurrido cosas raras. Aquel sitio solitario, jamás hallado por personas extrañas, fuera de los dos jóvenes aventureros que hemos visto anteriormente, fué asaltado inesperadamente por varios enmascarados que miniatuaron a Woods y le amenazaron con sus pistolas.

—¡Firmemos la concesión de tu mina!— decía uno de ellos amenazándole.

Woods no era cobarde y en su vida se había encontrado en situaciones peores. Pudo desprenderse disimuladamente de las ligaduras y cuando menos lo esperaban los otros, la emprendió a patadas y pudo hacer uso de sus dos pistolas, con la cual se entabló una lucha.

Woods no hubiera llevado la mejor parte de no presentarse los jóvenes aventureros, los cuales pusieron a los desconocidos fuera del alcance de sus balas en pocos segundos.

—Déjalos ir, que ya están bastante cazamentados—dijo Woods viendo que los muchachos se disponían a perseguirlos.

Una vez repuesto al orden de la cabaña,

cuyos muebles estaban tirados por el suelo, Woods cogió un estuche en el que había una preciosa miniatura de una muchacha encantadora.

—Esta es mi sobrina—dijo—. Toma el retrato y así la reconocerás más fácilmente. Quédate con él y con esta bolsa de oro que entregarás a mi hermano.

—No te enamores de ella—dijo Bill a su compañero, que se había quedado embelesado contemplando el retrato.



Tres días después, Jack Manning se hallaba cerca del poblado donde vivía el hermano de su amigo Woods con su hija. Bill tenía que continuar hacia una aldea cercana, y los dos amigos se despidieron, acordando encontrarse dos días después en el pueblo.

Allí la gente estaba ansiosa. Las últimas noticias de la excitación de los indios eran cada vez más alarmantes.

Tim Woods y su hija esperaban, como cada día, noticias de su hermano y tío, respectivamente, pues les tenía inquietos su suerte.

La muchacha encontró a su padre en la plaza hablando con Rance Carter y aunque éste era un hombre profundamente antipático, se acercó a su padre.

—¿Tampoco hay carta hoy?—preguntó.

—Nada, hija, nada... —respondió Tim moviendo la cabeza tristemente.

—¿Quién sabe dónde estarán los huesos de su hermano!—dijo Carter con tono sarcástico—. Yo le facilitaré dinero para que usted fuera a buscarlo, pero con una condición—



—¿Es usted Mary Woods, no?...

añadió dirigiendo una mirada de encendida pasión a la joven.

—¿Qué condición?—preguntó Tim Woods esperanzado.

—Deje que Mary y yo tratemos este asun-

to—dijo Carter agarrando a la joven por el brazo y llevándosela calle abajo.

Ella no opuso la menor resistencia y se dejó llevar. Rance la invitó a dar un paseo por el campo y subieron al coche. Por el camino fueron hablando del asunto. Carter le recordó que su padre le debía una importante cantidad, e iba a ofrecerle el dinero que había prometido a condición de que accediera a casarse con él, cuando se enterase un desconocido que se aproximaba hacia ellos con un retrato en la mano.

—¿Es usted Mary Woods, no?—preguntó el joven.

—Sí; ¿qué desea?—respondió la joven dirigiendo una dulce sonrisa al desconocido.

—Vengo a ver a su padre de parte de su tío Jorge—explicó el joven.

Iba a hacer ademán de sacarse algo del bolsillo, cuando su perro ladró y los caballos, espantados, emprendieron el galope.

Rance tuvo tiempo de tirarse como un cobarde, dejando a la joven abandonada a su suerte.

Fue tan inesperada la espantada de los caballos, que Jack, que era éste el recién llegado, recibió un fuerte golpe en la cabeza con un saliente del pescante y cayó sin sentido.

Rápido como un rayo, Carter registró al joven y se apoderó de una carta que llevaba

para Tim Woods y la bolsa de oro que le había entregado Jorge para su hermano.

Mary había podido dominar los caballos y regresó poco después al lugar donde quedaron Carter y el desconocido.

—¿Se hizo daño?—preguntó a Carter señalando al joven que aún estaba tendido en tierra.

—Parece que ahora recobra el conocimiento—respondió Carter.

—Pues vamos a llevarlo a casa en seguida—respondió ella.

Cuando Jack Manning volvió en sí, se encontró confortablemente acomodado en un sillón, con la frente vendada. La muchacha estaba a su lado atendiéndole solícitamente y le refirió todo lo que había ocurrido. Entre tanto, Jack Manning se registraba los bolsillos y notaba con espanto que había desaparecido la bolsa de oro. La joven pidió noticias de su tío y Jack se las dió ampliamente. Al terminar, ella dijo:

—Si nos hubiese mandado algún dinero nos habríamos unido a la caravana que sale mañana para allá.

—El caso es que lo mandó. Me dió una bolsa de oro, ¡y la he perdido!



## III

Rance Carter se había pasado la vida intriguando. Al quitarle la bolsa de oro a Manning, ya fue con el propósito de hacer recaer el robo sobre él con el fin de quitarse estorbos de en medio.

Así logró hacer encarcelar al inocente y ofreció a Woods y a su hija llevarles en su carreta con objeto de que pudieran indagar el paradero de Jorge Woods.

Las cosas salían a gusto de Rance Carter, pero no contaba con que Jack Manning tenía en el pueblo un amigo incondicional: el tío Adams, que admiraba la audacia y el valor del muchacho y que al verle envuelto en aquella emboscada, quiso ayudarlo.

Salió la caravana y el pobre Jack la vio marchar a través de las rejas de la prisión. Bary, que había tenido ocasión de hablar largamente con el muchacho y creía en su inocencia, le dio adiós desde el pescante de la carreta de Rance, con los ojos arrasados de llanto. Poco después, la caravana desaparecía bajo una espesa nube de polvo, mientras

Jack se desesperaba entre las cuatro paredes de su celda.

Pero dos días después las cosas cambiaron. Se presentó en el pueblo un individuo de la capital del distrito que fué a ver inmediatamente al scheriff.

—Soy el comisario mayor del distrito y vengo a pedirle cuentas por el arresto de Jack Manning.

El scheriff trató de justificarse, pero el otro le atajó:

—¡Póngalo en libertad inmediatamente! Abra esa puerta!

El otro obedeció sin replicar y el muchacho se vio libre inopinadamente. Con el primero con quien topó fué con su viejo amigo Adams, el cual, después de abrazarlo efusivamente, le explicó:

—¡Ya ves!... Puse en juego mi influencia y te he sacado.

—¡Bien que te lo agradezco! Ahora podré alcanzar la caravana antes de que entre en la zona peligrosa.

Rápidamente dispusieron el viaje. El pueblo estaba excitadísimo. Llegaban del campo noticias poco tranquilizadoras. Los indios se habían levantado en armas y lo arrasaban todo, cebándose cruelmente con sus enemigos de raza.

Se temía con razón que la caravana pudiese ser atacada. Jack estaba inquieto por la

sierte de su amigo que no había regresado. Le esperó unas horas más y por fin, en vista de que no venía, decidió emprender la marcha en compañía de Adams y con su inseparable Rip, su perro fiel.

En tanto, la caravana avanzaba con dos días de ventaja, a través de la monótona pradera. Allí no había que temer, pero poco a poco se aproximaban a las montañas, guaridas de pieles rojas, donde era de temer cualquier emboscada.

Cuando Rance Carter se vió dueño de la situación, quiso hablar con Tino Woods para resolver con arreglo a sus planes.

Durante un descanso en el camino, le dijo:

—Después hablaremos. Diga a María que suba a otro carro, a fin de que podamos estar solos.

El viejo obedeció.

Se dió la orden de marcha y cada cual fué a acomodarse en su sitio. María, después de hablar con su padre, se acomodó en una carreta sola.

—Oiga, Woods—dijo Carter cuando se pusieron en camino—. Quiero casarme con su hija tan pronto como lleguemos a Río de Oro.

—¡Eso no puede ser! ¡María no te quiere!

—¡Tendrá que ser, Woods, porque de lo

contrario usted y María se han de quedar a medio camino.

Había tal resolución en el ánimo de Carter y vió Woods la situación tan apurada, que ofreció hacer lo posible para convencer a su hija.

En tanto, debido a una imprudencia de Carter durante el descanso, se había declarado un incendio en la pradera. El viento que iba en dirección de la caravana, hacía correr el voraz elemento hacia ellos. La pradera se convirtió en un infierno. El humo y las irregularidades del terreno dificultaban la marcha. El pánico se había apoderado de todos y cada cual trataba de salvarse.

—¡Atrás! ¡Salvemos a María! —gritaba Woods desesperadamente.

—¿Y a mí, quién me salva? —replicaba Carter apaleando los caballos.

El feroz elemento amenazaba envolverlo todo en su torrente de llamas.



## IV

Jack Mannig y Adams ya iban pisándole los talones a la caravana cuando, desde un altozano del camino vieron cómo el fuego se extendía por la pradera. Haciéndose rápidamente cargo de la situación, Jack, buen conocedor del camino, decidió dar una vuelta, con lo que pudo salvar la inexpugnable barrera y gracias a su valerosa temeridad, llegó a tiempo para ayudar a María.

Cambió el viento que contuvo la ignea avalancha y quedaron todos a salvo. La caravana se rehizo rápidamente y aprovecharon un alto para descansar.

Por fin, María y su padre se encontraron de nuevo y la escena a que dió lugar arrancó lágrimas de ternura a todos.

Carter, que llegó detrás de Woods, dirigió una torva mirada a Jack y después dijo aparentando indiferencia a su padre:

—¿No le dije que se salvaría?

—Pero no ha sido gracias a tu noble proceder! — exclamó el viejo.

—Le quedo muy agradecido, Manning — dijo María, estrechando entre las suyas las manos de Jack.

—Agradéceselo a la Providencia.

Manning estaba despechado.

Aquí no queremos gente que haya estado en la cárcel — dijo.

—Debes saber, Carter — dijo Woods en el calor de la indignación —, que necesitamos más de hombres como Manning que de ti.

La gente, indignada, se puso de parte de Manning y Carter tuvo que resignarse.

En tanto, en Río de Oro, el poblado a donde se dirigía la caravana, se estaban haciendo grandes preparativos para resistir el ataque de los indios que, según las confidencias, se esperaba de un momento a otro.

Jorge Woods había accedido abandonar su cabaña, en vista de que el sitio era peligroso y estaba expuesto a cualquier atentado.

Allí se encontró con el simpático Vill, al cual, habiéndose visto obligado a retroceder, a poco después de despedirse de Jack, hacia Río de Oro, se había decidido a quedarse en el poblado.

—¿Qué noticias sabe de su hermano? — le preguntó Bill a Jorge, después de informarle del buen resultado que habría tenido, sin duda, Jack Manning.

—No sé... En mi carta le decía que viniera pronto para hacerse cargo de la mina, pero no sé lo que hará... ¡Está tan mal el tiempo para andar por los campos!

En esto se presentó un individuo diciendo:

—Acaba de llegar una pobre mujer del campo. Dice que los indios andan quemándolo todo.

—¡La cosa se está poniendo cada vez peor! aseguró Jarge moviendo la cabeza con pena.

La caravana iba aproximándose a Río de Oro. Ahora se hallaba en la zona peligrosa, al pie de las montañas, donde los indios acuchan con sus flechas.

Había entre los expedicionarios gran consternación a causa de que por las noches se habían visto en las montañas infinidad de hogueras, que significaba que los indios estaban en pie de guerra y pronto a atacar.

Los de la caravana tomaron toda suerte de precauciones. Por las noches no se encendía fuego y durante el día se destacaban partidas de exploradores dispuestos a evitar una emboscada.

Por fin, mientras un día se hallaban acampando en uno de los sitios más ocultos de la pradera, la caravana se vió súbitamente acometida por la avalancha de los hombres de color. Jack Manning, con muy buen acierto, ordenó rápidamente que las carretas se colocaran en círculo, parapetándose tras ellas, a fin de hacer frente al enemigo.

Los indios empezaron a rodear la caravana con sus veloces caballos, dando alaridos de guerra. Poco a poco fueron acrecentándose

en número, pero esperaban, por lo visto más refuerzos para iniciar el combate.

pero podían hacer pocas bajas a causa de la velocidad que llevaban los caballos. A su paso los indios iban arrojando flechas que tampoco, afortunadamente, hacían muchas bajas.

—Estamos seriamente comprometidos—dijo Manning a un camarada—. Será cuestión de mandar un aviso a Río de Oro, a fin de que vengan a prestarnos ayuda.

—Pero, ¿cómo lo haremos?—le replicó su interlocutor.

—Mandaremos a mi perro. Es un animal inteligentísimo, capaz de hacer cualquier proeza.

Jack Manning escribió nerviosamente en un papel y lo colgó al cuello de su fiel Rip.

—¡Rindámonos antes de que nos maten a todos!—gritó Rance al ver aquella operación.

—Coge un fusil y pelea como un hombre, en vez de llorar como una mujer—le dijo Manning.

No era cosa fácil hacer que Rip atravesase aquella barrera humana, pero el perro se escurrió con rara agilidad por entre los caballos y salió velozmente a campo traviesa.

La lucha se hizo cada vez más encarnizada. Los indios seguían disparando sus fle-



chas, y una de las primeras víctimas fué el padre de María: una flecha le atravesó el corazón.

Lloró la desconsolada joven sobre el cadáver caliente de su padre. Jack la atrajo hacia sí y la consoló tiernamente.

—Ya no tengo a nadie más que usted en el mundo... —gemía la joven.

Jack la abrazó con los ojos anegados en llanto.

—Le juro protegerla a usted siempre, María—dijo el joven con sincero acento.

Desde lejos, Carter espía la escena. Cuando vió que el valeroso muchacho abrazaba a María, una oleada de celos acrecentó el odio que sentía hacia Jack, y dijo:

—Jack Manning: este abrazo te costará la vida.

Horas después llegaban los refuerzos de Río de Oro y con ellos el valiente Bill y el tío de María. La imprevista llegada de los blancos dispersó a los indios, que huyeron abandonando la lucha. Poco después, tío y sobrina se abrazaban. En tanto, Bill había ido con unos cuantos valientes a perseguir a los fugitivos.

## V

Aquella noche, la caravana llegó a Río de Oro, su punto de destino. Como era muy avanzada la hora y no podía buscarse alojamiento para tanta gente, se decidió que se dormiría en las carretas.

Rance andaba meditando una venganza y quería a todo trance casarse con María. Comprendiendo que ésta le despreciaría y no teniendo otra fuerza que la de la violencia, decidió raptarla, para lo cual recurrió al auxilio de unos cuantos secuaces incondicionales.

Antes de esto, en el café del pueblo se presentó a Woods, que se hallaba en una mesa en compañía de Jack y de Bill, y llamándole aparte, le dijo:

—Oiga, Woods... Sepa usted que su hermano prometió que María y yo nos casaríamos al llegar aquí. Su hermano necesitó mi auxilio para poder venir aquí y el trato fué ésto.

—Va a haber brega, Bill—dijo Jack a su compañero por lo bajo—. Procura que los

amigotes de Carter no se entrometan en este asunto, que yo me encargaré de él.

—¿Qué vas a hacer?—preguntó Bill.

—Nada más que desenmascararle. Cuando me ocurrió el incidente de la caravana, uno de los que habían sido sus amigos, se puso de mi parte y me dijo que él fue quien robó el oro que yo traía para el padre de María. Haz lo que te he dicho y verás cómo lo pongo.

Carter y Woods seguían discutiendo, el primero en tono amenazador e insolente y el otro tratando de poner en claro las cosas y por las buenas.

Jack se interpuso entre ambos y encarándose con Carter, le dijo:

—Carter: vas a darme noticias de un saquito de oro que no llegó a su destino; ¿quieres entregarlo o prefieres que te lo saque de encima?

—¡Tú no eres capaz de tocarme, Manning!—dijo Carter.

No había terminado de pronunciar estas palabras, cuando Manning se arrojó sobre él asestándole un fuerte golpe en la cara. Defendióse el malvado como pudo, pero Jack era más fuerte y en tanto que el bravo Bill y sus amigos se las entendían con los de Carter, Jack arrebató a viva fuerza la bolsa que Woods reconoció en seguida. Afortunadamente, había todo el oro.



...los individuos sobornados de Carter raptaron a la muchacha.

En tanto ocurrían en la taberna estas cosas, los individuos sobornados de Carter raptaban a la muchacha y se la llevaban a campo traviesa, hacia el campamento indio, con cuyo jefe se entendía Carter por mediación de sus amigos.

Jack se puso seguidamente en persecución de los raptadores. Afortunadamente para él, Carter había podido escapar, siguiendo los pies a sus amigos. Jack y Bill le iban a la



zaga, prontos a rematarlo, fuera como fuera.

Pero, su buena voluntad, se vió en el fracaso. Por más que anduvieron hasta bien avanzada la mañana del día siguiente, no pudieron dar con los fugitivos.

Mientras ellos andaban por un lado, Carter mandó un aviso urgente al tío de María, para que fuese a su cabaña donde le daría noticias de María. El pobre anciano fué con toda confianza y se encontró con Carter y otros de su pandilla.

—Dónde está mi sobrina? — preguntó Woods encarándose con Carter.

—Antes de contestarle, quiero saber si está dispuesto a cedermela la mitad de su mina.

—¿Para eso me has hecho venir aquí, canalla?—exclamó Woods indignado.

—Menos conversación y al grano. ¿le parece mucho lo que le pido a cambio de su sobrina?

Woods se sacó el revólver y apuntó a Carter:

—¡Me dices ahora mismo dónde está o te mato!—exclamó.

—Eso—dijo el otro sin inmutarse—. Dispare y no volverá a verla más.

—¿Te costará caro, Carter!

—Le aconsejo que me firme esto en seguida—contestó Carter dándole a leer un papel que había sobre la mesa, en el que se decía lo siguiente:

Tan pronto me sea devuelta mi sobrina, Rance Carter será dueño de la mitad de la mina 763.

—¿Quiere firmar? ¿Sí o no...?—preguntó Carter.

—No—dijo Woods con resolución. Pero valiéndose de amenazas, Carter pudo sacarle la firma y cuando lo hubo logrado se guardó tranquilamente el papel en el bolsillo.

—¿Y dónde está mi sobrina?—dijo Woods.

—Ya se la traeré pronto.

—¡Ah, canalla!

Carter se encogió de hombros y se marchó con los suyos, tomando la precaución de dejar sin armas a Woods.

## VI

Con la fe puesta en su misión, Jack y Bill seguían buscando a la muchacha. Se aproximaron tanto al campamento indio que desde un escondrijo pudieron espiar lo que allí ocurría. Tan atentos estaban en esto que Jack estuvo a punto de perecer bajo el cuchillo de dos indios que le atacaron por detrás, pero gracias a su fiel Rip, se advirtió a tiempo y los mató con sus propias armas.

Por fin vieron con la consiguiente sorpresa, que unos blancos llegaban al campamento y sacaban a la muchacha de una tienda.

Su propia temeridad privó de la libertad a Jack y Bill y estuvo a punto de costarles muy cara, pues se acercaron tanto al campamento que fueron sorprendidos por los indios, que los llevaron a la presencia del jefe. Allí reconocieron a los blancos, que eran Carter y los suyos. El primero, al verse descubierto, trató de persuadir al jefe de que les quemase vivos a los dos, pero Jack se



—¿Quiere firmar, sí o no?...—

defendió diciéndole que sólo había ido allí para salvar a la muchacha.

—¡Miente! —gritó Carter—. El no tiene que ver nada con esta mujer.

—Pues ventúndola la cuestión con el cuchillo —dijo el jefe.

Hicieron corro y empezaron a luchar Carter y Manning, en tanto que los camaradas del primero, viendo que la cosa iba por mal camino, se escaparon con María.

Cuando Manning vio la jugada, echó a



correr y saltando a su caballo, emprendió el galope tras de los fugitivos.

La huida había sido tan inesperada, que los indios, sorprendidos, les dejaron marchar, lo mismo que a Carter.

No muy lejos de allí, Manning pudo atrapar a los fugitivos y, después de breve lucha, rescató a María, llevándosela a la barraca de Woods, donde éste los recibió con la alegría que es de suponer.

—Ahora no tardará mucho en venir el bandido de Carter—dijo Jack.

En efecto: un cuarto de hora después, el traidor caía en la madriguera. Había tramado una nueva comedia y venía compungido.

—No me juzgues mal, María; lo hice todo porque te quiero—dijo.

—Yo también te quiero... ver colgado—respondió ella.

—Ahí tienes tu sombrero—le dijo Woods.

—¡Vote!

—Algún día te arrepentirás, María—exclamó Carter.

—Oye, Carter...—dijo Jack.—Lo más sano para tí, ahora, es cambiar de aires... pero ¡en seguida, largo!

—Cuando se tropieza con un bicho así, hay que aplastarlo, Jack—dijo Bill.

—No me quiero ensuciar la punta del zapato, Bill—replicó el joven.

Marchó Carter y parecía que se había conjurado todo el peligro.

Creyéndolo así Jack y Bill se pusieron a trabajar con entusiasmo en la mina, eficazmente ayudados por el bueno de Adams, que no se había separado de ellos un momento y Woods. María también, ayudaba todo lo que podía, llevando el peso de la casa.

Todos se sentían contentos y felices cuando de pronto, un día, hallándose en pleno trabajo, cuando María había llegado con la cesta de la comida, se vieron sorprendidos por una cuadrilla bastante numerosa de indios, entre los que figuraban algunos individuos de la raza blanca.

—Son Carter y los suyos que se han con-fabulado con los indios para atacarnos—dijo Jack.

Los trabajadores se parapetaron lo mejor que pudieron a la puerta de la mina y empezó un tiroteo bastante nutrido.

Más de dos horas se defendieron Jack y los suyos, impidiendo el avance de los atacantes, pero a última hora se acababan las municiones y tuvieron que internarse en la mina, para buscar otra salida.

Confían demasiado en su astucia. Cuando llegaron a la otra boca, se vieron copados por los enemigos, que ya tenían conocimiento de aquella salida falsa.

Cayeron sobre ellos en avalancha y se



Fue una lucha encarnizada, feroz.

apoderaron de María, que era el premio que Carter había ofrecido al jefe de los indios. También se llevaron a Jack con el objeto de tomar venganza.

Bill fué a dar cuenta a los de Río de Oro de lo que ocurría, pero por el camino tropizó con una sección de tropa que iba destacada al pueblo y explicó lo que ocurría.

En tanto que la tropa iba a salvar a Jack y a su amada, éstos se hallaban en verdadero peligro. En la confluencia de la mina,

había resultado gravemente herido el hijo del jefe y éste quería tomar venganza.

Le ataron a un poste dispuestos a atormentarlo, y cuando ya iban a hacerlo, se vió a lo lejos una polvareda y llegaron unos indios anunciando que venían muchos hombres blancos a caballo.

La consternación que se produjo, salvó a Jack de una muerte segura. Se desbandaron los indios rehuyendo la lucha con un enemigo tan potente, pero los soldados los perseguían, dispuestos a exterminar para siempre una semilla tan nefasta.

Fue una lucha encarnizada, feroz. Al día siguiente, el campo estaba lleno de cadáveres, la mayoría de los indios.

En cuanto se vió libre, Jack se unió a los soldados, enardecido por el olor de la pólvora, en tanto que ordenaba a María que lo esperase en la cabaña.

Al día siguiente, cuando, sin el menor rasguño Jack regresaba a la cabaña, se enteró de otra nueva heroicidad de Carter: había vuelto a raptar a la muchacha.

Como no podía huir hacia el campo, Carter no podía estar más que en el pueblo y allí fué Jack. En efecto: Carter había llevado a la joven a la posada y les había sorprendido un inesperado ataque de los indios, y Carter estaba muerto.

Una bala perdida le había atravesado el



corazón. Había muerto como un cobarde, que había dado la cara, afrontando el peligro huyendo y haciendo daño. En cambio, él con honor, luchando por una causa justa, volvía sano y salvo al lado de su amada, de la que no se separaría más en la vida, porque ya no habría Carters que se opusiesen en su camino.

FIN

.....  
YA ESTA A  
LA VENTA

## COCK-TAIL DE CELOS

Obra de tesis y de un interés extraordinario, invita a repasar todos sus momentos, con el deseo de vivir el simpático personaje, que de una forma tan excepcional sabe encarnar la bellísima artista. oo oo

CONSTANCE BENNETT

Precio: Una peseta.

— PEDIDOS A —  
Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

## Ediciones BIBLIOTECA FILMS

SE complace en comunicar a sus bellas lectoras y simpáticos lectores que

SERÁ LA ÚNICA

que durante la temporada 1932-1933  
novelará las grandes producciones de  
las célebres e importantes marcas



PARAMOUNT



UFA



CINÆS



RADIO PICTURES



por haberle sido concedidas las exclu-  
sivas de dichas productoras

Además

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

editará todas aquellas grandes produc-  
ciones de las demás casas no citadas.

8. 19-2-6/8

## Reportajes Sensacionales

Los más emocionantes relatos de sucesos verídicos, los  
leerá usted en esta  
nueva publicación

*50 céntimos tomo*

La reina del Barrio Chino de  
Barcelona

Historia de un pistolero

*25 céntimos tomo*

El crimen de Badalona

(El misterio de la mujer muerta)

El Barrio Chino de París

(Asesinato de Carlota Leonard)

El secuestro del baby Lindberg

El Barrio Chino de Tolón

Los bajos fondos de París

Los gangsters de Al. Capone

La trata de blancas

Los monárquicos

contra la República

Vista de la causa contra Sanjurjo

— PEDIDOS A —

**E**DITORIAL "ALAS" Apart. Correos 707  
BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo  
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos  
para el certificado. Franqueo gratis.



## Reportajes sensacionales

acaba de publicar los cuadernos  
del más alto interés y actualidad

25 céntimos tomo

### LOS MONARQUICOS CONTRA LA REPÚBLICA

La verdad sobre la sublevación  
de Sanjurjo.

### VISTA DE LA CAUSA CONTRA SANJURJO

Las víctimas de la monarquía  
impetrar el indulto.

#### EXITO DE LOS TOMOS PUBLICADOS:

50 céntimos tomo

La reina del barrio chino de  
Barcelona

Historia de un pistolero

25 céntimos tomo

El crimen de Badalona

El barrio chino de París

El secuestro del baby Lindberg

El barrio chino de Tolón

Los bajos fondos de París

Los gangsters de Al Capone

La trata de blancas

PEDIDOS A:

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona

Señalar números sueltos y colecciones, completas, previo  
aviso del importe en sellos de correo. Remitan el pago céntimos  
para el certificado. Puntuaje gratis